

## ESPAÑA PINTORESCA.



**EL CASTILLO DE FUENSALDAÑA.**

A poco mas de una legua hácia el Norte de Valladolid se halla situado el pequeño pueblo de *Fuensaldaña*, de exterior tan humilde y tosco, cuanto rico interiormente de alhajas inestimables. Tres preciosísimas contiene la modesta y reducida iglesia de unas monjas carmelitas, y ya conocerán nuestros lectores artistas, que hacemos alusion á los preciosos cuadros atribuidos al fecundo pintor Pablo Rubens de que hablaremos en otra ocasion. Fijemos por hoy solamente la vista en el romántico castillo que solamente dista del pueblo medio tiro de fusil.

Su planta es un paralelógramo guarnecido en sus ángulos con cuatro cubos, y de dos atalayas en el centro de cada uno de sus dos lados mayores. Esto y sus pintorescas almenas graciosamente recortadas, horadadas y suspendidas sobre los matacanes que tanto se han usado en la edad media dan un aspecto mágico al castillo. Todo él es de silleria y de una elevacion respetable, si bien no tan grande como los de muchos magnates que hasta fines del siglo pasado conserváronse en las Castillas; en cam-

bio está en excelente estado de conservacion, cosa maravillosa é inaudita en nuestros tiempos; es verdad que sirve constantemente para depositar grano. Circunda al castillo menos por la parte que mira al pueblo, una pequeña muralla guarnecida igualmente de almenas y pequeños cubos, y de tal espesor que hay por detras de estas un andito muy cómodo para los soldados que defendian estos puntos. La subida al interior de la gran torre está practicada en una caponera que se extiende al centro de la plazuela, y elevada unos 25 pies hasta su entrada al salon mas bajo. De estos hay dos mas que ocupan casi todo el hueco del castillo uno sobre otro con hermosas bóvedas y escaleras bastante cómodas y de firme é ingeniosa construccion. La entrada, que es una puerta de arco agudo mira hácia el pueblo; sobre ella se conserva un escudo, labrado en piedra con las armas de sus condes del apellido *Vivero* que son tres matas de ortigas en campo de oro sobre unas rocas de mar, encima de unas ondas.



Por su forma y carácter parece construido muy entrado el siglo XV; y hay motivos para creer que lo hizo el famoso *Alonso Perez de Vivero*, que llegó á ser señor de la casa de Villa Juan en Galicia, secretario y contador de D. Juan el II, con quien tuvo gran privanza. La crónica de este rey hace larga mención de las diferencias que tuvo *Vivero* con el condestable y maestre D. Alvaro de Luna, de quien por mucho tiempo este dejóse gobernar como escribe Lope Garcia de Salazar en sus *buenas andanzas*. Pero húbola muy mala, al fin, *Alonso Perez*, porque un viernes santo del año 1453 fue muerto, estando en Burgos, por orden del mismo D. Alvaro de Luna.

Nieto suyo fue D. Juan de Vivero, caballero del hábito de Santiago, señor de Castronuevo y alcazas, que también fue muerto volviendo de unas fiestas de toros de Medina del Campo por quien se hicieron aquellas cantilenas.

*«Esta noche le mataron al caballero  
La gala de Medina, la flor de Olmedo.»*

Felipe II dió el título de conde de Fuensaldaña á Don Juan de Vivero, vizconde de Altamira. Hoy son poseedores de este castillo los señores marqueses de Alcañices y de los Balbases.

Al concluir este artículo parécenos proporcionar un placer á nuestros lectores estampando aquí una linda composición al mismo asunto, escrita por *Don José Zorrilla*, con aquel entusiasmo, gala y bizarría que campean en todas las producciones de este jóven y distinguido poeta.

#### LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

##### I.

Yo he sentido bramar al ronco viento  
Del helado Diciembre en noche oscura,  
Remedando de un hombre el triste acento  
De roto murallon en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido  
Purpúrea llama de sonante leña,  
Y el ámbito vibraba estremecido  
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo  
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,  
Hoy no cobija su recinto mudo  
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares  
Bajo el nombre sin crónica conserva,  
Y en las bóvedas, torres y pilares  
Brotan pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre  
Y la tapiza la afanosa araña,  
Y eso guarda la tosca pesadumbre  
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,  
Pasaba alguna vez bajo sus muros,  
Por contemplar el desgarrado alíño  
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida  
Y en infantiles pláticas sabrosas  
Adormecí las cuitas de mi vida  
Y las horas de noches pavorosas.

Allí al calor de la humeante hoguera  
De las cóncavas piedras al abrigo  
Oía el viento rebramando fuera,  
Y á mi lado la voz de algun amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban  
Robustas torres, góticas almenas,  
Que la furia del viento rechazaban  
Sobre el cimientto colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada  
Repetida en los aires por el eco,  
Moria en sus bramidos sofocada  
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones  
Como estertor de agonizante pecho,  
Acompañaba en compasados sonos  
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía  
Remedaba lamentos y suspiros,  
Y otras en repugnante gritería  
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas herizadas  
Al sacudir la destocada frente  
Remedaba el hervir de las cascadas,  
Y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino  
La ruinosa terraza estremeciendo  
De la tendida lona en son marino  
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos  
Cruzando el valle con airado paso,  
Y crugían los árboles añejos  
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces  
Le oíamos rozar el firme muro,  
Como en hondo tonel hierven las heces  
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embrabecido  
Las desiguales piedras azotando,  
Y en los huecos colgar ronco mugido,  
Y el seco musco arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse  
Con espantable son en las troneras,  
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,  
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos  
En las rejas meciéndose colgadas  
Dibujaban contornos repentinos  
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento  
Desplomados los vidrios de colores  
En el mal alumbrado pavimento  
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba  
Rodando en torno de la mustia hoguera,  
Entre la llama pelida soplaban  
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces languido y sonoro  
Al cruzar murmurando en las ventanas,  
Nos revelaba en armonioso coro  
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas  
Que coronaban los silvestres pinos  
Con el gotear entre las juncias flojas  
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,  
Y el canto agudo del despierto gallo  
Con el inquieto y bellico alarido  
Del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el alma exaltada



Locos fantasmas de soñados cuentos,  
Y sostenia apenas fatigada  
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,  
Los pies á par de la espirante lumbre,  
Cedian nuestros párpados cansados  
Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,  
A cada empuge del turbion errante,  
A cada voz del pájaro agorero  
Que velaba en el nido vacilante,  
Volvíamos el gesto recelosos

En derredor del descompuesto fuego  
Levantando los ojos perezosos,  
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida

Se pintaba la sombra misteriosa

De volubles contornos revestida

De cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto

Delirando festines y batallas

Con tumultos sin época ni objeto,

Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros

En una tierra mágica y lejana,

Deleitados en cóncavos oscuros

Con cantares de Silfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones

Soñábamos con sombras infinitas,

Donde se oían apagados sonos

De invisibles orquestas esquisitas.

Y mas tarde las sombras vacilando

Entre pardo crepúsculo naciente

Albanse luz y sombras alejando

De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras

Sus contornos al fin desvanecían,

Y en un salón sin lámparas ni alfombras

Solo estaban dos locos y dormían.

## II.

Y era grato al son del viento

Abrir el párpado al día,

Y contemplar soñoliento

Su confuso resplandor,

A través de las abiertas

Hondas y estrechas ventanas,

Y de las hendidas puertas

De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada

Con turbio cendal de niebla

Sobre los campos posada

Interceptando el mirar;

Y oír la ráfaga inquieta

Que al vendabal sustituye

En la acerada veleta

Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones

Que en la noche nos turbaron

En bóvedas y rincones

De opaca lumbre al lucir,

En escombros convertidas

Musgo y tintas con que al tiempo

Las murallas carcomidas

Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes  
En vez de ricos tapices  
Tender su haba y sus redes  
Al insecto descortés,  
Que entre los nombres tranquilos  
Las labra de los viajeros  
Cubriéndolos hilo á hilo  
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña  
En los blasones del muro  
Hilar con paciente maña  
Sus hebras para cazar;  
Y en la recóndita grieta  
La presa que vuela en torno  
Vigilante, astuta y quieta  
A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero  
Hallar de rincón ruinoso  
El rastro de un hormiguero  
Que en el verano pasó:  
Que en el foso nació acaso,  
Mas no contento en el suelo  
Con irreverente paso  
Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones  
De la torre de Saldaña -  
De sus techos y salones  
La mengua y la soledad?  
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes  
Tú que indiferente escribes  
Sobre cráneos y paredes  
La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,  
Hoy trojes de rico hidalgo,  
Y en sus salones oscuros  
Ancha hoguera levante.  
Corrí llaves y cerrojos  
Cual si de ellos dueño fuera,  
Y sus tablas y despojos  
Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años  
Ni su nombre y dueño antiguos....  
Y para insultos tamaños  
¿Quién era en Saldaña yo?  
Un niño, un triste, ó un loco  
Que divertido en sus penas  
Curaba entonces muy poco  
De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento  
A la lumbre de mi hoguera  
En tanto bramaba el viento  
Tranquilamente dormí;  
Y al despertar con el día  
Contemplé absorto y ufano  
La gruesa mampostería  
Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado  
Con la turbia húmeda niebla,  
Y el fulgor tornasolado  
Cruzaba por el salón.  
El aire en fuerzas cediendo  
Brotó en ráfagas errantes,  
Y aun se le oía gimiendo  
Con menos airado son.



Miré desde las ventanas  
El árido campo seco;  
Algunas yerbas livianas  
Encontré no mas en él.  
El aire las sacudía  
Y la niebla las mojaba;  
Escaso arbusto crecía  
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves  
Guarecidas asomaron  
En los rotos arquivitres  
Su misterioso mohín;  
Mirélas indiferente,  
Y al rumor de mis pisadas  
Hundieron la negra frente  
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre  
El sol rasgando la niebla  
Derramóse en viva lumbré  
De trémulo resplandor;  
Y en los pardos murallones  
Trazó cuadros luminosos  
Alumbrando los salones  
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos  
De la llama repentina  
De aquellos rincones viejos  
En la antigua soledad,  
Bulleron miles de insectos  
Asomando por las grietas,  
Monstruosos por lo imperfectos,  
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares  
Del tosco templo vecino  
En compases regulares  
Desvanecerse y crecer;  
Y el órgano y las campanas  
Al roto soplo del viento  
Ya perdidas, ya cercanas  
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,  
Pasó la mañana inquieta,  
Mis años hora por hora  
A contar triste volví.  
Si hallé la vida cansada  
Y lamenté su amargura,  
Yo vivo con mi tristura,  
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso  
Por llegar á Fuensaldaña  
Aceleraron el paso  
De aquella noche despues;  
Mas ¡ay del hombre mezquino!  
¿Quién encontrará mañana  
Entre el polvo del camino  
La huella de nuestros pies!

J. Zorrilla.

## CAUSAS CÉLEBRES EXTRANJERAS.

*Los ahogados de Edimburgo, Guillermo Burke y Guillermo Hare.*

(Conclusion. Véase el número anterior.)

### II.

Casi á los dos años despues comparecieron Guillermo Burke y Elena Mac-Dougal ante el tribunal de *high judiciary* de Edimburgo, acusados (1) ambos y cada uno, ó el uno ó el otro «de haber con malicia y felonía colocado ó estendido sus cuerpos ó personas, ó parte de sus cuerpos sobre los cuerpos de Madgy, ó Margery, ó María Gonegal, ó Douffie, ó Campbell, ó Docherty, entonces ó últimamente residente en la casa de Roderse Stewart ó Stuart, entonces y ahora ó últimamente labrador, y entonces y ahora ó últimamente residente en Edimburgo ó cerca de Edimburgo.»

«De haber mientras ella, la dicha Madgy, ó Margery, ó María Dougal, ó Desffie, ó Campbell, ó Docherty, estaba tendida en tierra cubierta su boca y lo demas de su rostro con sus cuerpos ó personas, ó el cuerpo y la persona del uno ó del otro, y de haber apretado su garganta y tenido su boca y sus narices cerradas con sus manos, y así ó de toda otra manera no conocida haberla, impidiéndola respirar, ahogado y sofocado.»

«Y de haber ambos y cada uno, ó el uno ó el otro cometido este crimen con la mala intencion de vender el cadáver de la dicha Madgy, ó Margery, ó María Gonegal, ó Duffie, ó Campbell, ó Docherty así asesinada á un médico ó cirujano, como objeto para diseccion.»

Prevenida la policia de Edimburgo por las revelaciones de Gray y de su esposa, habia pasado al instante al domicilio de Burke; la primera pesquisa no produjo resultado alguno, el cadáver se habia ocultado, y no se encontraron sino dos ó tres manchas de sangre bajo la cama. Interrogados Burke y su manceba negaron firmemente el crimen de que se les acusaba, y solo cuando se les preguntó á qué hora habia salido la vieja, respondieron cada uno diferentemente. Pero á la otra mañana se encontró el cuerpo en un anfiteatro perteneciente al doctor Knox, y todas las personas que habian visto á la vieja reconocieron perfectamente su cadáver. El que guardaba el anfiteatro del doctor Knox declaró que Burke le habia vendido aquel cuerpo en 200 francos y que le vendia otros de cuando en cuando. En fin despues de nuevas indagaciones, los oficiales de policia encontraron en el domicilio de los acusados el vestido de la víctima, su camisa, el pañuelo que llevaba en la cabeza y otros andrajos; y un comerciante declaró haber vendido á Burke la caja de té en que habia sido trasportado y entregado el cadáver.

A vista de cargos tan concluyentes no se conmovieron ni alteraron Burke ni Elena Mac-Dougal; y cuando despues de la lectura del *indictment* se les dirigió la pregunta de costumbre. «Sois culpables ó no culpables?» ambos respondieron con firme voz: «No culpables.»

No podian durar mucho las discusiones sobre tal causa. Diez y seis testigos confirmaron en la audiencia todos los datos recojidos en la sumaria, y que aqui se han extractado. Una sola deposicion reveló nuevos hechos, y

(1) Se traduce todo lo literalmente posible algunos pasajes del *indictment*, para dar una idea de cómo se redactan tales actas en Inglaterra.



fue la de Guillermo Hare, acusado al principio de complicidad, y admitido despues á revelar *para el rey*. (Segun la ley inglesa los cómplices *testigos del rey* tienen derecho al perdon de su crimen.) Hare se espresó en estos términos:

«Mientras reñíamos Burke y yo, la vieja, enteramente embriagada, se abalanzó dos veces á querer salir gritando: *favor y al asesino!* y otras tantas la hizo volver á entrar Mac-Dougal. Habiéndola tocado al querer rechazar á mi contrario, cayó sobre un taburete y de allí al suelo, de donde á pesar de sus esfuerzos no pudo levantarse. Apaciguada nuestra quiniere, Burke se tendió sobre ella, puso una de sus manos sobre la nariz y la boca de la vieja, y la otra mano en el pescuezo y detuvo así la respiración; ella dió un grito penetrante, seguido de débiles gemidos. Burke se mantuvo en la misma postura por unos quince minutos, y cuando se levantó, su víctima habia cesado de vivir. Yo estaba sentado en una silla; pero mi mujer y Elena Mac-Dougal salieron al pasillo y no volvieron sino cuando todo estuvo concluido, y luego se acostaron juntas sin hacer la menor pregunta.»

Los jurados permanecieron deliberando unos cincuenta minutos, y declaran á Guillermo Burke culpable. Respecto á las cuestiones acerca de Elena Mac-Dougal, las resolvieron negativamente, diciendo que no estaba probada la acusacion. Entonces el presidente del tribunal condenó en la fórmula acostumbrada á Guillermo Burke á ser ahorcado el día 28 de Enero.—«El tribunal, añadió con voz solemne, conformándose con una antigua costumbre, hubiera podido mandar que despues de la ejecucion fuese atado vuestro cuerpo con cadenas de hierro, y colgado sobre el camino real para retraer á quien quisiese seguir vuestro ejemplo; pero ha creído que tal espectáculo seria demasiado repugnante, y se limita á mandar que despues que se os quite del patibulo, sea llevado vuestro cuerpo á un anfiteatro de diseccion, y abandonado á los mismos escalpelos á que entregasteis vuestra víctima. ¡Pueda vuestro esqueleto, conservado en la sala de anatomia de Edimburgo, ser un monumento duradero del suplicio reservado á semejantes crimenes!»—

El condenado escuchó su sentencia con aquella fria impassibilidad que conservó constantemente desde el día de su prision.

### III.

Esta causa, que compendiamos todo lo posible, habia producido en la ciudad de Edimburgo una viva agitacion. Circulaban de boca en boca los rumores mas siniestros, esparciendo por todas partes el horror y espanto. Comentaba cada cual de mil maneras las palabras del guardia del anfiteatro del doctor Knox; *me habia ya vendido otros*, preguntándose cómo Burke se habia hecho con aquellos otros que habia vendido. ¿Abria acaso los sepulcros en los cementerios? ¿hacia él cadáveres? Al asesinato de Madgy-Docherty ¿no habian precedido crimenes de la misma clase? ¿no existia en Edimburgo una banda organizada de *ahogadores*, de la que Burke y sus compañeros eran instrumentos? ¿cuántas serian las víctimas que llevarian ya sacrificadas? Si se habia de juzgar por el gran número de zapatos viejos de hombres y mujeres, y de andrajos de toda especie que con un nuevo registro se descubrieron en un escondrijo de la casa de Burke, debian ser considerables.

Pero por exageradas que fuesen las sospechas eran todavia inferiores á la realidad. El día 3 de enero, á los pocos despues de su condena, fuese por envejecerse en el crimen, fuese por remordimiento ó con esperanza de vengarse de su cómplice y perderle, Burke declaró que queria hacer nuevas confesiones, y á presencia del sheriff,

el procurador fiscal y el escribano del sheriff, refirió con imperturbable serenidad y una especie de satisfaccion todas las muertes que habia hecho.

En el mes de noviembre, dijo, encontramos Elena Mac-Dougal y yo en una calle de Edimburgo á la mujer de Hare, á quien yo conocia hacia tiempo; entramos en una taberna á beber una botella, y le dije que me preparaba á partir para el Oeste, por no tener que trabajar en Edimburgo. «Venid á alojarnos en nuestra casa, me dijo ella; tenemos un cuarto á vuestra disposicion, y procuraremos proporcionaros trabajo.» Acepté la oferta, y con efecto no tardé en tener parroquianos. Asi fue mi conocimiento con Hare, á quien nunca habia visto hasta entonces.

«Por aquel tiempo, es decir hacia últimos de diciembre, se alojaba en casa de Hare un viejo achacoso llamado Donald que murió el día de Natividad, sin haber pagado el plazo caído, dejando á deber á Hare tres meses de alojamiento. Hare me propuso vender su cadáver á un cirujano prometiendo una parte del importe. Apenas se puso el cadaver en el ataud, cuando le sacamos, y le escondimos en una cama, y despues llenamos el ataud con cortezas de curtir. Llegada la tarde; y no sabiendo como deshacernos del cadaver, fuimos al patio del colegio y preguntamos á un estudiante si queria comprárnoslo, y este nos dió las señas del doctor Knox, núm. 10. El doctor vió el cadaver y nos ofreció setecientos rs. que recibimos; nada nos preguntó acerca de cómo lo habíamos adquirido, y nos prometió comprar todos los que le llevásemos.

A principios de la primavera de este año una mujer de Gilmerton fue á pasar la noche á la casa posada que tenia Hare. Como á la mañana siguiente la hubiese puesto muy mala la gran cantidad de licores que Hare le habia hecho beber la vispera, y viéndola tendida casi sin conocimiento en su cama, se me acercó Hare y me dijo en voz baja: «*Ahoguémosla y venderemos su cuerpo á los cirujanos.*» Inmediatamente la tapó la boca y la nariz con la mano y yo me eché encima para impedirle que se meneara... No dió señal alguna de vida. Cuando murió la desnudamos, y llevamos su cadaver al doctor Knox que nos pagó el precio convenido, y sin hacernos pregunta alguna, nos encargó que le llevásemos siempre *cuerpos tan frescos como aquel.*»

Segun la declaracion de la que se ha extractado el pasage anterior, Hare y Burke habian ahogado desde 1.º de Abril hasta el mes de Octubre en que se les hizo presos nada menos que *diez y ocho personas* para vender sus cadáveres. Todas murieron con el mismo género de muerte, despues de haberlas embriagado con licores fuertes. El asesino condenado concluia asi sus declaraciones:

«Declaro que nadie nos enseñó el modo de ahogar á nuestras víctimas, como lo hacíamos. Lo inventó Hare, como lo he dicho, y continuamos con él porque era muy eficaz, y no dejaba señal alguna. Si nos echábamos sobre los individuos que ahogábamos no era para impedirles la respiracion, sino para que no forcejeasen.

«Declaro que todos los cadáveres que hemos vendido no tenian señal alguna de violencia, estaban bastante frios para alejar toda sospecha, y Hare y yo teníamos cuidado de decir que los habíamos comprado á la familia.

«Declaro que Elena Mac-Dougal y la mujer de Hare jamas nos ayudaron en nada, ni conocieron nuestra conducta. Tenian sin duda sospechas, pero no sabian la verdad.»

El 22 de Enero ratificó Burke esta declaracion en todas sus partes. Desde la madrugada del 28 del mismo mes, día señalado para la ejecucion, un inmenso gentio inundaba todas las calles inmediatas al sitio del patibulo,



y había ido gente de veinte y treinta leguas. Una ventana de la carrera por donde había de pasar el reo se alquilaba en tres y cuatro pesetas, y otras mejor situadas hasta en veinte. Los tejados de las casas desde donde podía verse el cadalso estaban cubiertos de espectadores, y hubo curiosos hasta sobre la nueva iglesia del norte. A las ocho de la mañana se contaban al derredor del patíbulo mas de 20,000 personas y de estas 15,000 mujeres.

Durante la noche que precedió á su ejecución dijo Burke á su confesor que se tenía por feliz en haberse visto detenido en la carrera de sus crímenes.

«Soy, añadió, un gran criminal, y sin embargo cuento con la misericordia del Señor» cuando se le quitaron los hierros exclamó «Ya estoy libre de ellos: todo se acabará dentro de poco.»

La comitiva se puso en marcha algunos minutos antes de las ocho. Los magistrados, acompañados de un destacamento de oficiales de policía, subieron los primeros al cadalso. Seguíanlos el reo sostenido por dos sacerdotes católicos. Iba vestido de negro de pies á cabeza, y parecía tranquilo y resignado. En el instante en que se dejó ver, la multitud dió un grito de alegría que duró algunos minutos.

Sucedió inmediatamente un gran silencio. Burke y los dos sacerdotes católicos se habían arrodillado y oraban. El doctor Marshall terminó con una oración aquella ceremonia religiosa. Apenas concluyó cuando empezaron de nuevo los gritos mas violentos, mezclados de alaridos y silbidos. Cuando el verdugo se acercó al condenado. «Nada de cuerda!, clamaron mas de diez mil voces; *burkalo, burkalo!*» Este nuevo verbo que inventaba la multitud, será en adelante sinónimo del verbo *ahogar*. Burke miraba á todas partes fijamente, sin que se echase de ver emoción alguna en su semblante.

Habiendo hecho el verdugo sus preparativos los magistrados y oficiales de policía bajaron del patíbulo. El populacho continuaba gritando: «*burkalo, burkalo!* Hare! Hare! ¿en donde está? ahorca á Hare; pero nada de cuerda para Burke!» El verdugo quitó la corbata para poner el dogal á Burke, y este le dijo. «Tened cuidado, porque me haceis mal: el nudo está por detras.»

Estas fueron sus últimas palabras, y en el mismo instante le lanzó el verdugo á la eternidad.

A cada movimiento que hizo antes de acabar de morir se oían nuevos gritos de satisfacción del concurso, que no se dispersó sino una hora despues, cuando se cortó la cuerda y se quitó el cadáver.

Así se verificó la predicción de que no se hizo caso. «No se impedirán jamás las exhumaciones, á no ser surtiendo legalmente de cadáveres á los que los necesiten. Se protege á los muertos, y se priva de seguridad á los vivos. Los cadáveres estan á tal precio, y la dificultad de proporcionárselos exhumándolos es tan grande, que los resurreccionistas asesinarán por tenerlos el dia en que sea mas cómodo matar á los vivos que desenterrar á los muertos: en aquel dia los muertos serán inmolados.» Y sin embargo solo en 1850 á los dos años despues de la ejecución de Burke, y cuando nuevos crímenes de la misma clase llenaron de espanto al mismo Londres, fue cuando el Parlamento de Inglaterra ha decidido en fin abrogar y reformar leyes que habian tenido tan horrorosa influencia.

## EL TIO TOMAS, Ó LOS ZAPATEROS.

Estando ayer la señora de A... en casa de su zapatero preguntó por la Pepa, la ribeteadora, aquella muchacha tan aseada, tan dispuesta, tan sana y aun con apariencias de sensibilidad en su fisonomía.—¡Ay, Señora! dijo el maestro zapatero limpiándose una lagrima que se le deslizaba involuntariamente, ni polvo hay de la Pepa!—Los oficiales y oficialas suspendieron su trabajo; todos, en sus ademanes hicieron el elogio fúnebre de la Pepa, silencioso, pero sincero. El maestro Tomas prosiguió:—¿se acuerda V., señora, de haber leído en los papeles públicos, hará como año y medio, el suicidio de un joven bien portado que apareció á espaldas del cementerio, muerto de un pistoletazo?—aquí otra lagrima que se limpió el tio Tomas, sin dársele nada de que la señora de A... viese la mugre del codo de su manga.—Pues bien, Señora, ese fue el primer novio de la Pepa, y ójala que sus padres no se hubieran opuesto al casamiento; pero no era maestro.... ni tenia nada ahorrado.... ademas pretendió á la muchacha un heredero de unos treinta mil rs., hijo del oficio.... V., Señora, debe reconocerle, Cogote le llamamos por mal nombre.... pues, señor, que los padres comienzan á atormentar á la chica, y que si... que ha de ser.... y que no se ha de casar con otro.... y la prohibieron á ella que hablase; que mirase, que dejase pasar por delante de su puerta al otro pobre muchacho.... dió gusto á sus padres.... casóse en efecto.—La Pepa tenia mucha *fantasia* (dijo Juana la ribeteadora), llevaba blondas á todos los dias.—Calla, que aquello era aseó, (interrumpió el tio Tomas,) me parece que la estoy viendo!.... lo que hubo, señora, verdaderamente es que aquel angel era de carne, y cuando estuvo en su casa propia no pudo resistirle á las instancias de su primer amante.... y no arques las cejas, Juana, que yo quisiera ver á la mas pintada puesta en semejante caso; porque el marido salió un calavera. Cuando abrió la tienda la estrenó con orquesta, se hizo unos botines de cuatrocientos reales para ir al arroyo, y hombrearse con los hijos de los grandes de España, compraba caballos por tres que luego vendía por uno; en fin que ahí le tiene V. ahora de criado de los cómicos de la calle de la Sarten desde que ha envidiado, porque la pobre Pepa se murió.... se murió, Señora, y á fe que pocos dias antes su madre vino aqui y se sentó donde V. está sentada, y me dijo: tio Tomas, se me muere la Pepa, y si se me muere me tiro al canal.... aquel bribon de marido la tiene perdida, plagadita, tio Tomas.... y era verdad. Pero escuche V., Señora; el dia que á la Pepa en su enfermedad la dieron lo bueno se presentó el muchacho, el primer novio, y la dijo:—dos pistolas he comprado, si tu te mueres me mato.—Parece que lloras, Juana ¿donde está ese genio tan descontentadizo, esa lengua que á ninguno deja.... llora, Juana, y que te haya perdonado la Pepa la envidia que la tuviste.—Señora, encomiende V. á Dios á la Pepa, se murió, pero siempre queriendo, sin querer decir nada á nadie la pobrecita.... el que ella quiso bien lo merecia: el dia que la enterramos asistió al entierro.... yo le dije al paso ¡Joaquin! quien lo dijera!.... no me contestó ni esto. Pero á media noche segun ha dicho el guarda del campo santo vió un hombre embozado que rondaba las tapias y que gritaba «Pepa, Pepa, Pepa» oyó un tiro y por la mañana se le encontró muerto.

Cuando concluyó el maestro Tomas esta historia ya no habia casi ninguno de los oyentes; los oficiales jóvenes se habian ido saliendo sollozando en silencio, las mu-



jeres llorando en alta voz. El tío Tomas concluyó diciendo: Señora, no se puede ser bueno: parece que este mundo es de los malos según los padecimientos que hay para los que no los son.—¿Qué tal? dije yo al salir á la señora de A.... ¿sabe sentir la gente baja, ó no? Pudiera hacerlo mejor una familia de duques?—

José Somoza.

## HISTORIA NATURAL.

### SINGULARIDADES DE LOS ANIMALES.

#### *Amistad.*

La amistad, el mas desinteresado y generoso de todos los sentimientos, no es desconocido á los animales, y pueden citarse muchísimos ejemplos notables, sin ir á buscarlos en la historia del perro, modelo imitable de amigos sinceros y apasionados.

M. de Boussanelle refiere en sus observaciones militares un hecho singular. En la compañía de caballería de la que era capitán, ocupaba un caballo viejo su puesto al lado de otro caballo joven muy encariñado con él. Vivieron así en buena inteligencia por espacio de algunos años, pero pronto debía la muerte romper aquella unión porque el caballo viejo á causa de la prolongación de sus dientes no podía ya masticar el heno ni la cebada. Se enflaquecía por momentos, y se trataba de sustituirle cuando se advirtió que de repente tomaba su pelo todo el lustre de la salud y que recobraba fuerzas. Sorprendido de aquella novedad un cuartel-maestre, quiso averiguar la causa y se puso á observar lo que pasaba en la cuadra. A la hora de echar el pienso, vió que el caballo joven se apresuraba á comer el suyo, hecho lo cual se arrimaba á su viejo amigo y tirando del heno que le pertenecía se lo masticaba y se lo echaba delante, cuya operación repetía con la cebada desmenuzándola y poniéndosela cuidadosamente á la vista. Así le alimentó muchos meses, hasta que reemplazaron al caballo viejo. Este suceso llamó tanto la atención de la oficialidad del regimiento de Beauvilliers, que se hizo una información firmada por mas de cuarenta individuos.

Un ratón, antiguo vecino de la bodega de un navío de línea, vivía cómodamente en ella en compañía de sus hijos y nietos. Los restos de las salazones y de la galleta bastaban para las necesidades de la familia; y aprovechándose alguna que otra vez de la abertura de algunas tablas, se arriesgaba el abuelo á llevar á su familia á la cocina ó á la cámara donde comían los oficiales, y ¡Dios sabe qué banquete se daban! pero como nada hay permanente bajo del sol, y entre todas las especulaciones la mas inconstante y fantástica es la de la felicidad, el pobre abuelo la experimentó bien á su costa, pues la desapiadada vejez le acarreó enfermedades, y una de estas le privó de la vista. La familia se encontró en la mayor desolación, porque la juventud en la especie del ratón sabe muy bien que valen poco el valor y la agilidad, si falta la experiencia, y contaba mucho aquella familia con la de su abuelo para guiarla en sus excursiones y preservarla de los peligros. Era, pues, preciso atenerse á no salir de la bodega, y renunciar á los restos regalados de la mesa; pero no sucedió así, porque la

amistad de un ratón joven hacia el jefe de la familia reparó en lo posible los ultrajes de la vejez. Se apoderó de la oreja del abuelo, le guió en su marcha, le preservó de todo tropiezo y accidente, y le condujo por todas partes adonde quería ir el viejo del mismo modo que el perro de un ciego. Desde entonces no le abandonó, y gracias á su adhesión la familia entera pudo continuar en sus correrías en pos de su jefe natural. Cuando el viejo práctico sospechaba algun peligro, porque aunque falto de vista tenía el oído y el olfato muy finos, daba un chillido, y la familia se dispersaba inmediatamente, y en seguida el guía le agarraba de la oreja y le conducía á su agujero. ¿Qué mas hacia Antígona tan célebre en la antigüedad? y sin embargo no sabemos la interesante historia de este héroe de los ratones, sino por un oficial de marina que inmóvil y silencioso lo observó todo desde su hamaca.

Pocos viajeros habrán dejado de oír hablar de Constantina, la hermosa leona que hubo en el jardín de plantas de París, y vivió en la mas perfecta amistad con un gozque, que abusando de su afecto la mordía, llegando un día hasta estrepearla la cola. He aquí el caso.

Constantina fue cogida en el gran desierto de Sahara, llevada desde Argel á París, y alojada en una jaula mucho mas húmeda y sombría, y la mitad menor que las que hay en el día en dicho jardín. El pobre animal tenía muchas visitas porque era grande y hermosa, y no había entonces los objetos que hoy para entretenir la curiosidad de los parisienses; pero en medio de esto la tristeza y el tedio consumían á Constantina, y se moría de consunción. Entre muchos que iban á verla llegó uno seguido de un perrillo abullador y feo. ¿No veis, dijo el amo del perro al que cuidaba entonces de las fieras, que ese pobre animal parece de fastidio, porque no tiene cosa viva que devorar? echadle de cuando en cuando un cordero, ó un gato, ó perro, ó otro animal vivo, y veréis como recobra su salud. Yo os lo aseguro; y para dar principio, echadle este perro mío para que lo devore. Aceptó el que cuidaba de las fieras la proposición, y lo ejecutó. Imagínese el lector el miedo que tuvo el desdichado gozque al verse encerrado en una jaula estrecha con aquel formidable animal. Corrió á agazaparse en el rincón mas obscuro de ella; y desde allí echaba, tembándole todo el cuerpo, miradas suplicantes á su amo que se reía sin compasión.

Constantina se levantó poco á poco y se acercó rugiendo sordamente hacia el pobre perro que dió un chillido lastimero, mirando siempre á su amo. Parece que aquella ojeadá del perro llena de energía y de desesperación chocó á la leona, pues volvió la cabeza hacia el amo clavando en él sus encarnados y espantosos ojos, abrió luego una enorme boca, sacó una lengua herizada de puntas, bostezó, se echó, y despues de haber pasado la pata sobre el hocico, se durmió con mucho disgusto de los espectadores, y en especialidad del dueño del gozque.

Llegada la hora de la distribución se le echó una anca de caballo para su comida; la comió y dejó una parte para su nuevo compañero de cautiverio, que no se atrevió á tocar á ella, pues el hambre mas vehemente no le hubiera hecho moverse del oscuro rincón en que el terror le tenía metido. Constantina se acercó á los dos ó tres veces con aire manso, como para empeñarle á aprovecharse de su generosidad, pero el gozque se manifestaba insensible á aquellos obsequios. A la mañana siguiente ya tuvo menos miedo y se determinó á comer la ración que la leona le habia dejado la víspera; al otro día se atrevió á salir de su rincón y comer junto á Constantina; ocho dias despues comía con ella, y pasados otros tantos se echaba sobre la comida y no dejaba á la leona cojer su



parte hasta no haber comido él la suya. Si Constantina se acercaba, se enfurecía el gozque, la saltaba á la cara y la mordía con todas sus fuerzas. La leona entonces se echaba meneando la cola como un perro de caza que pide perdón á su amo, y aguardaba con paciencia su vez. Cuando el gozque estaba ya harto se acercaba ella como dudosa para tomar la parte que se había dignado dejarla.

No hay cosa mas insolente que un ser débil, cuando llega á tomar sobre un ser fuerte el imperio que le han

dejado su generosidad y complacencia. El gozque era una prueba continua de esta verdad, pues veces había en que de pura malicia no quería dejar comer á Constantina, después de haberlo hecho él á toda su satisfacción. Constantina tenía paciencia horas enteras hasta que se hubiese desvanecido la manía de su amigo; pero estimulada en algunas ocasiones por el hambre, le apartaba suavemente con la mano, teniendo en este caso gran cuidado de esconder sus enormes uñas.



(La Leona del jardín de plantas de París.)

Llegó el Otoño con sus días fríos y húmedos, y nuestro gozque, á fin de estar mas abrigado, tuvo por oportuno pasar las noches entre las ancas de la leona, siendo preciso que sopena de ser mordida se pudiese esta en una actitud cómoda para él y permaneciese en ella aunque le fuese violenta, mientras él dormía. Un día se puso su tiranuelo tan furioso que faltó poco para que no la sacase los ojos, teniendo Constantina que rechazarle con sus patas y hacerle comprender á buenas lo impotente de su cólera. El gozque no hizo sino enfurecerse mas; se echó sobre la cola de la leona y la mordió con tal ira y mala intención, que se la rompió por medio, estropeándose para toda su vida. Es de notar que sola la pata de la leona abultaba mas que todo el gozque, y que las uñas que la guardaban eran de cinco pulgadas de largo. El día en que se las cortaron porque la hacían mal, se necesitaron doce hombres para derribarla y sujetarla, habiéndola atado con cuerdas las cuatro patas.

Al cabo de algunos años murió el perro de vejez y de un acceso de cólera, y la pobre Constantina se apesadumbró tanto que no quiso comer en muchos días. Su nuevo guardia Richard se equivocó acerca del motivo de su aflicción, creyendo que solo echaba de menos un compañero, pero no un amigo, y pensó que se consolaría fácilmente dándole otro perro que la acompañara. Por consiguiente introdujo en la jaula otro que no tardó en ser devorado; se le echó otro segundo y tercero hasta una docena, que tuvieron la misma suerte. En fin Richard encontró uno de la misma casta que el gozquecillo y enteramente parecido á él. Hizo pues la última experiencia y le arrojó á la jaula. Constantina se abalanzó á él no bien le vió; pero después de haberle examinado con atención le perdonó la vida, mas no tuvo jamás con él las condescendencias ni el cariño que con el primero. Desde el día en que perdió al amigo que había adoptado, se puso triste y flaca y murió á los pocos meses.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMÁS JORDAN.